

**SOR MARIA DOMINGA  
DEL SANTISIMO SACRAMENTO, PAZ DE GALLO  
(10-9-1833 † 2-11-1911)**

por el

Rdo. D. José María Feraud García  
Operario Diocesano

(Aparte de La Vida Sobrenatural)

Editorial FIDES (Apartado num. 17)  
Salamanca  
1934

## **Sor María Dominga del Santísimo Sacramento Paz de Gallo**

### **Fundadora de las Hermanas Dominicanas del Santísimo Nombre de Jesús**

**(1833 – 1911)**

Tucumán, la bella ciudad Argentina que ha merecido muy justamente los calificativos de Jardín de la República Argentina y edén de las Américas, ha celebrado con gran pompa el primer centenario del natalicio de una de las más bellas flores místicas que brotaron en su fértil suelo y el mundo conoció con el nombre de Elmina Paz de Gallo.

No sólo la prensa local y nacional se ha hecho eco del acontecimiento, sino que el celoso Prelado Diocesano, Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Agustín Barrere, ha publicado una extensa carta circular exaltando las virtudes de la egregia Fundadora; de este honroso documento, que tiene más valor aún porque el miso señor Obispo la conoció y dirigió espiritualmente por algún tiempo, y también de unos apuntes inéditos que ha escrito una de las primeras Religiosas de la Congregación, vamos a entresacar algunos datos, que no podrán menos que resultar edificantes para las personas piadosas y sobre too para la gran familia dominicana, de la que ha venido a ser uno de los más preclaros ornamentos esta heroína de la caridad.

En la historia de la ciudad de Tucumán, el día 10 de Septiembre del año 1833, vino al mundo una graciosa niña, hija del noble y piadoso matrimonio de Manuel Paz y D<sup>a</sup> Dorotea Terán, y poco después fue reengendrada a la vida de la gracia por su tío el Reverendo Dr. D. Miguel Alurralde, si bien, como la ceremonia se verificó con carácter privado en la misma casa solariega, hubieron de complacerse los sagrados ritos bautismales el día 18 de Enero del siguiente año, en el templo parroquial de la Merced, ante la venerada imagen de la Virgen Generala del Ejército argentino. En la pila impusieron a la niña los nombres de Incolaza Elmina, de los que prevaleció el último en el uso corriente. No tardó mucho la niña en recibir nuevas gracias del cielo, pues en Mayo de 1835, fue confirmada por el Obispo Diocesano, Monseñor Benito Lascano.

Un ilustre hijo de Sto. Domingo, el R. P. Fray Ángel María Boisdrón, que, como después podrá verse, compartió con Elmina los trabajos y glorias de la fundación, describe así el ambiente local de la época:

“El nacimiento e infancia de Elmina Paz, pertenece a una época en que nuestra Nación de hallaba envuelta en perturbaciones y revoluciones, pero en este ambiente agitado, Elmina, candosa y piadosa como una flor escogida, crecía y se elevaba hacia aires puros, desarrollando las cualidades que perfeccionan y embellecen a la mujer...”

Apenas se conservan datos concretos de su niñez y juventud. Sólo se recuerda que se educó en el plácido ambiente de su hogar cristiano y la madre sembró semilla de fecundo rendimiento en el corazón de Elmina, como en el de todas sus hermanas, a quienes enseñó a acudir al socorro de los pobres con la dulzura y modestia del verdadero cristiano.

Su hermanito Benjamín, algo menor, pero muy semejante a ella en su carácter, era el compañero predilecto de su hermana Elmina; ambos, desdeñando los juegos y el paseo, quedábanse junto a la autora de sus días, saboreando sus cordiales palabras. Así lo halló

una tarde el Pbro. Dr. Miguel Alurralde, quien entonces, auguró a su señora prima Dorotea, que estos niños, tan juiciosos, serían cuando grandes, el honor de la familia, como en efecto pudo comprobar después la historia, pues también el niño llegó a ser un personaje de brillo nacional.

Elmina creció rica en vida interior, dulce y sumisa a los consejos bien inspirados de sus padres, aceptó muy joven, por esposo a D. Napoleón Gallo, oriundo de Santiago del Estero, también de noble estirpe y de intachables costumbres, recibiendo la bendición nupcial el 8 de Febrero de 1857.

La señora Elmina Paz de Gallo, ocupaba su tiempo en la ordenada administración de su casa y el ejercicio de las buenas obras, uniendo a otras atenciones ordinarias, las que como esposa fiel, debió prodigar a su compañero en largos y continuos viajes, motivados por los destierros y persecuciones que en su calidad de personaje político, de actuación destacada padeció don Napoleón. Bien conocidas son las molestias de los viajes de antaño. Agréguese a ellas el sufrimiento de la vida en carpas, a la intemperie, en medio de los campos, entre crueles sobresaltos; pero nunca flaqueó el ánimo de la amorosa compañera, ni hubo de faltar la serena sumisión a la voluntad de Dios, atenta sólo al cuidado de la precaria salud de su marido.

Fuese el matrimonio a vivir a Santiago, en casa de la señora doña Manuela Izpizúa de Gallo, suegra de doña Elmina. Como recuerdo de su paso en dicha ciudad, restablece en ella el culto a Nuestra Señora del Rosario y organiza las funciones del *mes de María*, devoción que no era conocida en aquella localidad, encargándose ella de preparar los cánticos y adornos. Durante su permanencia en Santiago, con gran consuelo y provecho de su alma ingresó en la tercera Orden Dominicana.

Aunque entre ambos esposos no medió nunca el menor disgusto y el Señor quiso bendecir y llenar de gozo aquel hogar, dándoles por hija una graciosa niña, supo también la providente mano entremezclar los gozos con las penas.

Como hace notar Monseñor Barrere: “En hijita María de Jesús, fruto único de su matrimonio, niña encantadora por su inteligencia precoz y las prendas de su corazón, le fue arrebatada antes de los cuatro años de vida. ¿Qué sufrimientos no aceptaría una madre a trueque de conservar semejante tesoro?”.

El entrañable cariño que profesaba a su marido fue causa asimismo de un martirio continuo para su corazón. El tomaba parte activa en las luchas políticas, tan violentas en aquel entonces. Cuántas veces, si el adversario vencido escapaba a la muerte, epilogaban el destierro cruel y prolongado; en vejámenes y persecuciones para sus deudos.

La Sra. Elmina Paz de Gallo, en los 7 años que vivió en Santiago del Estero, de donde era oriundo su esposo, sufría continuas zozobras. Dos veces tuvo que huir apresuradamente a Salta con su hijita; un día en su propia casa, se encontró frente a frente con el esbirro que iba a ultimar a su marido: lo salvó merced a su sangre fría y al ascendiente de su virtud.

Por graves razones, los esposos Gallo Paz, resolvieron levantar su casa y trasladarse a esta ciudad. La joven señora recobraba paz del corazón con la tranquilidad de su hogar. La sociedad tucumana saludó jubilosa la vuelta a su seno de la que, desde sus más tiernos años, había conquistado el cariño y aprecio de todos por sus prendas relevantes y su acrisolada virtud.

Un detalle nos da idea de la sólida piedad que reinaba en esta familia: tenían una pieza de la casa dedicada a oratorio, donde se veneraba una imagen de Jesús Nazareno, cual precioso recuerdo de la fe de sus mayores, y ante ella practicaba Elmina, como socia y Jefa

de coro de la Asociación del Rosario Perpetuo, su hora de guardia de 1 a 2 de la madrugada, previo consentimiento de su esposo, que veía muy complacido los fervores de su consorte y se unía muchas veces a las plegarias que en común hacían los sirvientes y demás personal que frecuentaban aquel piadoso hogar.

Una sobrina de la señora nos describe así la piedad de su tía en esa época:

“Su casa de Tucumán quedó abierta de par en par a todo pobre. Oía misa diariamente y diariamente comulgaba. La modestia de su traje, junto con la suavidad de su palabra y de su sonrisa, atraía el respetuoso homenaje de todos los que conocían su cuantiosa fortuna.

Era de admirar su actividad caritativa para acudir a tantos, y cuando ese laborioso día había concluido, aun quedabale un rato para la lectura espiritual, que invariablemente compartía con su esposo.

Todas las tardes reunía en el mismo oratorio a los niños pobres de vecindad, junto a los de sus familiares, y hacíalos rezar el rosario, en esa hora crepuscular, en que su llorada hijita, gustaba de reunir jazmines en los patios para la primera comunión, y fue catequizando familias enteras, entre los empleados y peones de sus fincas camperas.

Noticiábase de la gravedad de los enfermos para acudir a su lado a fin de que se dispusieran, pues con sensato acuerdo decía: *“Todos hemos de morir, pero lo que me preocupa es cómo van a la Eternidad...”*

Era difícil hallar una mujer de exterior más dulce y atractivo en su trato con los humildes y los necesitados; hasta las viejas mendigas que vistiendo sucios harapos encontraba a la puerta del templo, a la salida de la misa, recibieron el apoyo de su brazo para ser conducidas a sus casas.

Las galerías de su espaciosa mansión estaban llenas cada mañana de pobres en busca de la sabrosa sopa con que ella los obsequiaba, agregando el refuerzo de algún dinero siempre y prendas de ropa limpia”.

No es de maravillar que, a la vista de tales ejemplos, las demás damas tucumanas le tomasen como dechado y la designaran Presidenta de la Sociedad de Beneficencia, que cuida de hacer el bien a los pobres en los públicos asilos y hospitales, pues bien pudiera comparársela con los gigantescos talcos, que apenas llega la primavera, se cubren de su vistosa flora morada y alfombran con ella todos sus alrededores, sin desdoras de sus vistosas galas.

La Divina Providencia, que esperaba realizar en el alma de Elmina obras maravillosas del orden de la gracia, y que la tenía predestinada para instrumento de sus bondades infinitas, depárole un experto Director espiritual en la persona de R.P.Fr. Ángel María Boisdron, insigne hijo de la Orden Dominicana, uniendo desde entonces a estas dos almas grandes con vínculos semejantes a los que estrecharon a las de Francisco de Sales y Juana Francisca fremiot de Chantal, con la que tanto parecido llegó a tener esta dama tucumana, que como ella fue virgen, esposa, viuda y fundadora, de la que se hizo gran devota y admiradora.

El Señor, después de haber proporcionado un director sabio y prudente a la piadosa Elmina, le fue alejando de las criaturas más amadas. Con breve intervalo de tiempo perdió a su anciana madre, doña Dorotea y a su esposo, quien la tuvo a su lado noche y día, como ángel de consuelo en su prolongada dolencia.

Serena y retemplada por los renunciamientos habituales, el dolor no le abatió. Recogiose en una finca que poseía en las afueras de Tucumán, para mejor orar y meditar, y,

según atestigua una de sus sirvientas “Gustaba mucho del silencio y la tranquilidad, de hablar más con Dios que con los hombres”.

En esto estalla una terrible epidemia de cólera, que desbastó la ciudad. Corría el año 1886. Quedaron sin hogar y sin pan muchísimos pequeñuelos. No había por entonces asilos para huérfanos en Tucumán.

El padre Boisdrón, ya prior de Santo Domingo, fue, acompañado de otro venerable Religioso, hacia la señora Elmina para demandarle “si no podía hacer algo por estos infortunados niños...”

Calló la señora breves instantes, durante los cuales fulguró a buen seguro dentro de su alma, el aviso de Dios, al que estaba consagrada desde su más lejana infancia, y luego dijo con su sencillez y entereza habitual: Padre, yo socorreré a los niños huérfanos, no sólo con dinero, sino también con mi persona. Yo misma los cuidaré y mi casa será la de ellos.

Y pronto pasó del dicho al hecho, pues comenzó los preparativos para transformar su casa solariega en asilo de huérfanos y se fue desprendiendo de sus lujosos muebles, vendiendo unos y regalando otros a las personas más allegadas por ser caros recuerdos de familia. Nada se reservó, y hasta deshizo su dormitorio, estilo Luis XV, y se quedó sin su propia cama. La sirvienta le dijo: - Pero señora, ¿qué va a hacer? ¿Dónde va a dormir? – A lo que ella repuso: - ya lo verá: una madre, que lo va a ser, de hijos pobres, no le quedan bien estas cosas.

Hizo abrir una habitación donde se guardaban muebles muy sencillos, usados solamente en sus casas del campo, y de entre ellos eligió el ajuar modestísimo para sí misma: una camita de hierro, un lavabo y una mesa, y con ellos sustituyó el rico ajuar de Jacaranda tallado que hasta entonces usara.

Comprometió crecido número de obreros para ayudarla a coser el ajuar de sus nuevos hijos; colchoneros, carpinteros, dueños de tiendas y almaceneros no se daban descanso en atender sus encargos. Ella transformó los salones, los escritorios y todas las dependencias de su casa solariega en salas para albergar a los huerfanitos. Porque el cólera los había dejado a muchos de ellos, hallados junto a los cadáveres de sus padres, sin más amparo que el de Dios.

El gesto de la señora Gallo suscitó una intensa emoción en la sociedad tucumana, piadosa y caritativa siempre.

Sus amigas llevábanle sus propias hijas, niñas de la primera clase social, para ofrecérselas como colaboradoras y compañeras de tarea.

La señora Elmina eligió para inaugurar el asilo el día 28 de diciembre de 1886, fiesta de la Inocencia. En esa mañana bellísima, cuarenta criaturas de ambos sexos, entraron a su casa, y por natural impulso, vioseles echar a correr, con los bracitos abiertos hacia doña Elmina, quien los esperaba conmovida dulcemente cual tierna madre y los fue guiando uno a uno, ante las santas imágenes tradicionales y recibidas como herencia de la familia Gallo: Un Jesús Nazareno y la virgen del Rosario, su patrona.

Cual si fueran los hijos de sus entrañas, los presentaba y los ofrecía, recomendándolos a tan altos protectores.

Había también pequeñuelos que necesitaron ama y otros que demandaron la leche de cabras para su restablecimiento. A los primeros ella misma los levantaba de sus camitas y atendíalos con toda solicitud en las noches, para que no llorasen al verse en manos desconocidas.

El mismo P. Boisdrón, iniciador de tan caritativa idea, no acierta a describir dignamente estas tiernas escenas y dice: “Pero lo que la palabra humana no puede expresar

adecuadamente y lo comprenderán todos los corazones generosos, es el afecto, el cariño con que recibe, acoge y trata a estas desgraciadas criaturas. Durante veinticinco años será su tierna madre. Se las traen, unos con toda la gracia de la niñez, angelitos que por su aspecto roban el corazón, ella las mira, les sonríe y goza; otras con todos los estigmas de la miseria, enfermedad y deformidad, seres que más bien repelen. Ella los toma en sus brazos, palpa las manitas, las caritas, los cuerpecitos, las aprieta sobre su pecho y las ama. ¡Espectáculo conmovedor que más de cien veces hemos presenciado!...”.

Pero quería el Señor acrecentar los méritos de Elmina y pronto cundió la angustia dentro del asilo a causa de la epidemia de cólera. Muchos niños habían venido contagiados, y murió en 2 horas la primera víctima, una nenita.

Fue preciso improvisar un lazareto allí cerca. Fallecieron unos cuantos niños más. Pero doña Elmina velaba y oraba sin cesar; socorrida por médicos parientes y amigos, no desesperó un solo instante, hasta que al fin logró dominar el flagelo.

La caridad del asilo irradiaba afuera hasta en los más lejanos barrios de los suburbios, adonde quiera que hubiese un desamparado, ese hallaba la ayuda de doña Elmina y sus graves consejos para salvar su alma.

Claro está que una tan gran obra de celo no podía dejarse deshacer por la ruinosa acción del tiempo que gasta las energías y fuerzas físicas de los que a ella se consagran, si no llegan a formar una entidad moral y perdurable; por eso el Director Espiritual de doña Elmina y sus acompañantes les sugirió la idea de consagrarse a Dios perpetuamente, elevando en aquella casa la blanca bandera de un nuevo instituto dominicano. Como era natural comenzó el prudente Padre por hacer la proposición a doña Elmina pero le dijo el P. Boisdrón: - Si V. no se hallara con vocación para vestir el santo hábito, puede seguir como es ahora. - Y ella le interrumpió, diciendo: - Yo seré la primera, con la ayuda de Dios, en vestir el santo hábito.

Comenzase entonces a pensar en serio en la fundación, cuya idea fue también acogida favorablemente por la mayor parte de las jóvenes que ayudaban a doña Elmina y por otras distinguidas doncellas tucumanas, y el Padre se hizo venir de Montevideo a dos Religiosas Terciarias Dominicanas de muy probada virtud que se encargaran de dirigir y formar a las noveles aspirantes.

Por fin, como dice Mons. Barrere “el 17 de Junio de 1887, fiesta del sagrado Corazón de Jesús, cumplidos los trámites canónicos, inicióse el postulantazo. El R.P. Ángel María Boisdrón había sido nombrado por la autoridad eclesiástica, confesor y director espiritual de la piadosa comunidad.

El 5 de enero de 1888, fiesta del Santísimo Nombre de Jesús, en la iglesia de Santo Domingo y bajo la presidencia del Vicario Foráneo de esta provincia Presbítero D. Ignacio Columbres, catorce aspirantes tomaban el santo hábito, ocho religiosas de coro y seis de obediencia.

Doña Elmina paz de Gallo se llamará en adelante: Sor María Dominga del Santísimo sacramento.

Una gran alegría vino a alentarlas durante aquella prueba de su vocación. El Maestro General, reverendísimo Padre Jandel, por decreto 4 de Julio de 1888, afilió a la Orden de Santo Domingo el naciente instituto, bajo el título de “Hermanas Dominicanas de la Congregación regular del santísimo Nombre de Jesús de Tucumán”.

Al año cabal de su vestición (15 de enero de 1889), ante el mismo Vicario Foráneo,, hicieron su primera profesión, emitiendo por un trienio los votos simples de pobreza,

castidad y obediencia. Ante Dios y la Santa Iglesia eran ya verdaderas religiosas, aunque sujetas en todo a la jurisdicción del Obispo diocesano.

Meses después (junio 30) la comunidad y sus huérfanos se trasladaban de la casa de familia de la fundación al nuevo y amplio edificio construido para casa Madre y Asilo en una manzana de terreno adquirido al norte de la ciudad”.

La Madre Dominga, como Fundadora y Superiora General del naciente instituto, dirigía la casa con tanto acierto como caridad: pero pronto el señor le mando una fuerte contradicción que llenó de sobresaltos a toda la comunidad; el Maestro General de la Orden Dominicana llamaba con urgencia al P. Boisdrón para incorporarle al claustro docente de la Universidad de Friburgo. Aunque el buen Padre tomó todas las precauciones posibles para que la triste noticia no fuera muy dolorosa a sus hijas espirituales y hasta les dejó una carta de despedida saturada de sabios consejos, la privación de un tan experto guía causó no pocas amarguras a todas sus dirigidas; pues, como observa Monseñor Barrere:

“Para la Madre Fundadora, este alejamiento repentino era el más grande de los sacrificios, a la vez que para su obra apenas establecida la prueba más ruda. Comprendió que era necesario cimentar en la más plena confianza en Dios y el más absoluto desprendimiento del corazón.

De su alma, templada desde temprano en la escuela del renunciamiento a su voluntad en aras del querer divino, brotó el más sincero *Fiat*. Se entregó más de lleno a la formación religiosa de sus hijas y de sus huérfanas.

El Señor retribuyó con creces su generoso acatamiento. El 15 de enero de 1892, rebosante el corazón de alegría pronunciaba juntamente con casi todas sus primeras compañeras los votos perpetuos: desde aquel instante la ligaban a su Divino Esposo vínculos que ni la misma muerte desata.

Otro gran consuelo le deparó poco después la divina Bondad: El maestro general de la Orden aprobó las constituciones elaboradas por el R.P. Boisdrón y autorizó su impresión (Agosto de 1893).

Al año siguiente, el Rvdmo. Padre colmó los anhelos de la Comunidad y de la sociedad entera de Tucumán, que tanto apreciaba al R. P. Ángel – así lo llamaban todos – permitiendo su regreso definitivo a esta ciudad: se realizó éste en medio del regocijo general el 21 de Octubre de 1894.

Debía de traducirse en un poderoso impulso para el creciente desarrollo del instituto.

En un período de catorce años se fundaron dos Colegios: El Ssmo. Rosario en Monteros (1895) y el Santa Rosa en esta ciudad (1902) y cuatro nuevos asilos: en Santiago del Estero (1895), en Buenos Aires (1902), en Santa Fe (1908) y en Rosario (1909)”.

La pesada carga de ser Superiora General de una Congregación nueva y además Priora de la Casa Madre, junto con los achaques inevitables de los años, abrumaron a Madre Dominga de tal modo, que en 1905 se vio obligada a pedir refuerzo, siendo sustituida en el gobierno de la Casa y auxiliada en el de la Congregación; así pudo descansar y darse más de lleno al recogimiento y vida interior, pero sin dejar de ser el sostén y el alma de su amada Congregación, que por fin logró ver aprobada y bendecida solemnemente en 1910 por el Vicario de Cristo, S. S. Pio X.

Así pasó por el mundo haciendo bien esta mujer fuerte, cuya semblanza traza Monseñor Barrere con estas vigorosas pinceladas.

“Alta, de porte majestuoso, de andar mesurado, el rostro apacible, la mirada suave, todo ello realzado por una encantadora modestia y exquisita cultura; tal era la Madre María

Dominga del santísimo Sacramento: la gran señora asomaba bajo el blanco hábito de Santo Domingo. Su afabilidad hacía fácil y ameno el trato con ella; pero un recado sobrenatural, que envolvía toda su persona, imponía respeto y atajaba toda la palabra que pudiera lastimar la caridad u otra virtud. Después de hablar con ella, uno se sentía mejor; lo hemos probado más de una vez. Viven aún muchos de los que han experimentado; sus hijas más que nadie.

Rodeada del cariño y respeto de todos, la Rdma. Madre, al correr los años, buscaba más ardientemente a su amado Jesús en una unión más íntima. Sentía que su fin se aproximaba y quería completar el ajuar de su desposorio eterno...

Al trocar su vestido de viuda por el hábito blanco de Santo Domingo, se había dado a su amado Jesús totalmente y sin retorno. Obrar así era un imperativo categórico de su alma tan noble y de su espíritu tan sobrenatural. Mezquinarse a Dios para complacer a las criaturas o buscar su consuelo cerca de ellas, le repugnaba como una felonía indigna de quien ha sido llamado por Dios a una perfección tan alta.

Sufría intensamente cuando no encontraba en todas el mismo aprecio de su vocación y una generosidad igual para acatar sus exigencias.

Damos fe e de ello; pues, en aquellos años, nos cupo la suerte de conocerla y de auscultar los latidos más íntimos de su alma. Justipreciaba, como pocos la responsabilidad que sobre ella pesaba como fundadora de un instituto religioso. Temblaba al pensar que, por su culpa, algunas de sus hijas no diera a Dios toda la gloria que de ella esperaba.

A veces miraba con recelo el porvenir. ¿No divisaría a lo lejos acontecimientos que legitimaran sus temores?. Es el secreto de Dios.

Lo que sabemos; lo que saben sus hijas y cuantos la conocieron, es que no cesó un instante, hasta su muerte, de ser para todas un modelo cabal de la perfecta religiosa, después de haber sido ene l mundo hija, esposa y viuda ejemplar”.

Por eso no es de maravillar que quienes han tenido la dicha de conocerla nos presenten a la Madre Dominga como un dechado de todas las virtudes.

Unos nos hablan de su fe viva, sobre todo en los misterios eucarísticos y marianos; pues vino esta fe a ser tan grande, que más de una vez llegó a obrar portentos. Aseguran las primeras Religiosas haberle visto sanar a niñas gravemente enfermas y al anciano hortelano de la casa, desde que la Madre les mandó que sanasen en nombre de Jesús Sacramentado. También cuéntase que, aun antes de ser Religiosa, la fe en la Virgen del Rosario, era ya tan fuerte en la señora Gallo, que no vaciló en encomendarle una nenita moribunda y desahuciada enteramente, a la cual tomó en sus brazos y alzota implorante, al paso de la procesión de Nuestra Señora, y el milagro se obtuvo y la niña, confirmada con el nombre de Delicias del Rosario, fue, además, una de las que vistió el santo hábito de las Religiosas Dominicadas años más tarde.

De su gran esperanza en Dios y heroica fortaleza es buena prueba el siguiente episodio:

Durante la revolución de 1893, se vio el Asilo en grave peligro por haber elegido como punto estratégico para establecer un cantón de defensa uno de los partidos contrincantes. Cuando vinieron los soldados a pedir que se les franqueara el paso, salió a detenerse la Madre Dominga y con un crucifijo en la mano les habló de tal modo que no se atrevieron a entrar; aunque después tornaron a intentarlo, y de nuevo salió la Madre a defender a sus hijas y asiladas diciéndoles valientemente: - Mátenme a mí primero y luego pasen.. – Tan heroica actitud desconcertó a los revolucionarios; pero al fin se decidieron a pasar, aunque respetando a las Religiosas y niñas, que tan sólo hubieron de sufrir los

sobresaltos propios de quien vive en un campo de batalla. Todas ellas después reconocían que no se hubieran atrevido a permanecer en la Casa madre, durante aquellos días de sobresalto, si no hubiera sido por la esperanza y alientos que les infundía con su ejemplo y palabras la Madre Fundadora.

Aún perdura en todas las casas de su congregación el aroma de caridad, de que les dejó embalsamados con sus afectos de amor a Dios y a los hombres; pues como hace observar Mons. Barrere: “Había nacido en hogar abolengo y de fe. De él heredó una gran distinción y una piedad de buena ley, que si no estalla en fáciles entusiasmos, informa suave y fuertemente todos los momentos de la vida, los orienta hacia Dios sin claudicaciones y se expande en obras de caridad para con el prójimo, aún a costa de muchos renunciamientos, sacrificios y peligros”.

Para abonar la verdad de esta afirmación, baste citar tres hechos: durante nueve años tuvo en su propia casa a un enfermo mental, pariente de su esposo y le prodigó todos los cuidados aún los más pesados, sobrellevando con angelical paciencia sus molestias e impertinencias hasta que la acuidad del mal obligara a intentarlo en una Casa de sanidad de la Capital Federal. ¡Nueve años de prueba! ¡Cuántos con mucho menos se dan por vencidos!.

Su marido padeció de asma largos años. Pero los siete últimos meses de su vida fueron siete meses de verdadera agonía. ¿Quién fue su enfermera admirable e incansable? Su esposa. Lo acompañó y atendió sin desmayar hasta su muerte acaecida el 10 de Junio de 1886.

Meses después (28 de Diciembre) se hacía cargo de los primeros huérfanos del cólera que, en aquel año diezmo la población de Tucumán. Lo sabía: al recibirlos, abría las puertas de su casa al terrible flagelo. Así fue; pero no vaciló, apremiada por la caridad de Cristo. Sabía cuánto El los quería; de su mano recibía a cada una de esas criaturas; se sus labios oía la palabra dicha otrora por la Hija e faraón a la madre de Moisés: “Toma este niño y cuídamelo; tendrás tu recompensa”. ¡Recompensa! Ninguna otra ambicionaba la piadosa matrona que amar a Jesús y hacerle amar”.

Respecto de su humildad, baste saber que estimaba tanto esta virtud, que solía decir a sus Religiosas: - A la que es fiel y constante en humillarse, nuestro Divino Jesús le dará su amor, su paz y felicidad.

De los apuntes biográficos escritos por la H. María Tomasa del Ssmo. Sacramento Alberti, una de sus más fieles compañeras desde antes de la fundación, entresacamos los siguientes testimonios: “Tan grande era su humildad, que siempre trataba de ocultar los favores y gracias especiales con que el Divino Jesús regala a las almas favorecidas con su santa y mística unión. Cuando tales favores no podían ser disimulados por razón de su claridad manifiesta, decía: - Los regalos del Señor se deben guardar cuidadosamente en nuestro corazón, y recordarlos siempre para nuestro aprovechamiento.

Amando para sí y para sus Hijas el santo recato de una vida oculta con Cristo en Dios, odiaba la presunción, sabedora de lo que es la criatura, siempre envuelta en el polvo de las miserias humanas.

En cierta ocasión fueron a visitarle unas personas de dignidad; subió al locutorio acompañada de algunas Hermanas, e interrogada por aquellas personas respecto al número de sus Religiosas, ella dijo que, como Congregación nueva, eran todavía pocas en número y muy pobrecitas. Cuando los visitantes se retiraron, le dijo una de sus hijas: - Nuestra Madre, al decir su Reverencia que somos pobrecitas, crearán que no sabemos hacer nada-; a

lo que contestó: - En la santa presencia de Dios somos muy pobres, Hijas mías, cada una piense y vea lo pobre que somos.

Le era familiar esta frase o sentencia: hay que acogerse a la Preciosa Sangre de nuestro Redentor; si somos pobres de méritos, con una gotita de su Sangre seremos bastante ricas”.

Veía en la obediencia una virtud tan digna de estima, porque acrecienta la humildad y evita al alma los muchos peligros y escollos que el apego al propio juicio ocasiona a quien se deja llevar habitualmente de él. No faltó un solo día nuestra buena Madre en sobreponerse a tan natural inclinación, mediante la virtud de la obediencia y quizás fue una de las principales en que procuró ejercitarse...

Tanto estimaba esta santa virtud, que llegó a adquirir gran facilidad de sujeción, aún a sus inferiores; hasta tal punto, que a cualquiera indicación que le hacían las Hermanas por motivo de su salud tan delicada obedecía gustosa, y solía decir: - ¡OH, que tranquilidad se siente en el alma, cuando se practica la obediencia! ¡Qué dulce consuelo!

Su modestia y circunspección en todo momento eran muy edificantes y descubrían en ella una alma pura; la ingenuidad y limpidez de la mirada, denunciadoras de su íntima unión con Dios, enaltecían el natural candor y hermosura de su alma. Todo era en su exterior reflejo de aquella pureza que cultivaba en el interior de su espíritu. De ahí nacía el respeto que infundía a cuantos le trataban y el cautivarles con una singular suavidad”.

“Algunas veces las hermanas Depositarias le daban algo de dinero, como Superiora, Madre General y Fundadora, para que ella lo gastara en lo que le parecía conveniente. Era una fineza que ella nunca solicitó. Al fin del mes, cuando se presentaba la H. Procuradora para la rendición de cuentas, también lo hacía ella, dando cuenta sobre lo que había gastado del dinero recibido... Invariablemente era en socorro a personas pobres, que no podían pedir limosna y pequeñas dádivas de caridad”.

A tan alto grado llegó en la práctica de la pobreza y desprendimiento de las cosas terrenas que hasta se desprendió del retrato de su esposo, que presidía el locutorio; pero, al saberlo el señor Vicario, hizo que se tornase en colocar en su puesto de honor, como principal bienhechor de la casa.

“Nuestra Rvma. Madre practicaba penitencias corporales, aquellas que le permitían la obediencia; pero lo que más sobresalía en ella era la mortificación interior y nos decía: - No siempre se pueden practicar mortificaciones corporales, ya sea por enfermedades o por otro motivo; en cambio se puede practicar la mortificación interior, sujetar el propio juicio, observar bien nuestras santas Reglas, hasta el menor detalle y mortificar nuestra voluntad; he aquí el medio fácil y seguro para ser una verdadera Esposa e Jesucristo”.

No será preciso multiplicar más las citas, pues hartó evidenciado que hasta qué alto grado de perfección llegó esta alma grande, en medio de una vida humilde y ordinaria en apariencia.

Quédese para el certero examen de la Iglesia el discernir lo que pueda haber de sobrenatural en ciertos episodios sorprendentes que se narran en la vida de la Rvdma. Madre, como el hecho de haber sostenido y colocado en su nicho con el débil auxilio e una caña de encender velas a una pesada imagen de Santo Domingo que se desplomaba; el haber hecho que unas hormigas no destrozaran más las flores que ella puso ante una estatuita del glorioso Patriarca e Guzmán; y lo que aconteció con el reloj del Noviciado cuando ella manifestó prolongar más una visita. Sea lo que fuere de estas y otras cosas sorprendentes, difícil nos sería imitarla en ello; y en cambio bien provechoso nos será a todos proponernos como modelo sus ejemplos de piedad y caridad.

No contento el Señor con tanta gloria como le había dado la Madre Dominga en su larga vida, quiso acrecentarle los méritos más aún sobre sus postreros días. Según hace observar el P. Boisdrón:

“Como acontece a todos los seres marcados con una predestinación superior, a los héroes de nuestra religión, sus últimas enfermedades fueron el crisol, bien candente y doloroso por cierto de su virtud, la que se manifestó en la hora suprema demostrando cuán digna era de Dios y de su posesión”.

Ya queda indicado que, su naturaleza, aunque robusta, fue minada por el trabajo y la penitencia; pero la fortaleza, que le daba la virtud, le permitió mantenerse en pie frente de su elevado cargo, hasta que el 25 de mayo de 1911, se dio tal golpe en una cadera, que hubo de guardar cama y soportar pacientemente agudísimos olores, hasta que, confortada con los auxilios de la iglesia, pasó a mejor vida a las tres de la tarde del día que se celebraba la conmemoración de los Fieles Difuntos, del año 1911.

El natural dolor de la muerte de una Madre tan amada produjo en sus hijas, en huérfanas y en todos los buenos tucumanos, vióse mitigado, al contemplar durante los tres días que estuvo expuesto su cadáver en el coro de la Casa madre, cómo se iban entreabriendo uno tras otro todos los capullos de una vara de azucenas que habían colocado entre las yertas manos.

¡Así parece que quiso simbolizar el cielo la hermosura y frescor de la nueva flor que había sido trasplantada del nuevo vergel dominicano a los edenes eternos!.